

Algunas reflexiones sobre la integración latinoamericana¹

Omar J. Muñoz Ramírez.

Resumen

El texto señala la necesidad de reconocer la integración no como un proceso de homologación y mucho menos de eliminación de las diferencias, sino como uno de complementariedad y valoración del otro. Son doscientos años de espera, con algunos logros y avances formales, pero aún con una gran demanda por cumplir en el tema integracionista. Es necesario superar los límites de nuestros países y visualizarnos en un contexto mayor de una manera multidimensional donde prevalezcan o no se soslaye ninguna de las dimensiones que le dan contenido a la vida del hombre en sociedad.

Abstract

The text indicates the need to acknowledge integration, not as homologation process, and much less as a process to eliminate the differences, but as an instrument to complete and appraise the other. Two hundred years of waiting, with some achievements and formal progress, but still with an important requirement to achieve in the integrationist issue. It is necessary to overcome the limits of our countries and place ourselves in a larger multidimensional context where prevail or are not evident, any of the dimensions that give meaning to Man in a society.

¹ Este trabajo contiene elementos ya expuestos por el autor en el seminario internacional *Elites, poder y política en América Latina* realizado en la Universidad Nacional de Colombia, mayo de 2005, y en el seminario *Crisis en la integración latinoamericana. El pensamiento de Antonio García*, Bogotá, mayo de 2006.

Resumo

O texto mostra a necessidade de reconhecer a integração não como um processo de homologação e muito menos de eliminação das diferenças, mas como um processo de complementariedade e valorização do outro. São duzentos anos de espera, com alguns sucessos e avanços formais, mas ainda com uma grande exigência de cumprir com o tema integracionista. É necessário superar os limites dos nossos países e visualizar-nos num contexto maior de uma maneira multidimensional onde prevaleçam, ou não se esqueçam, nenhuma das dimensões que dão conteúdo à vida do homem em sociedade.

Palabras clave

Integración regional
Diversidad cultural
América

Keywords

Regional Integration
Cultural diversity
America

Palavras chave

Integração regional
Diversidade cultural
América

Una visión de la integración regional, debe partir de propósitos comunes que hagan realidad la propuesta de Herbert Spencer en sus primeros principios en la que, según Nicola Abbagnano al plantearse aquel la potencia de la categoría, veía en la integración “una de las características fundamentales de la evolución cósmica, en cuanto es el paso de un estado indiferenciado, amorfo e indistinto a un estado diferenciado, formado y unificado”.

De allí que para nosotros integrar pasa por definir límites a un campo determinado ya formado para poder diferenciarlo frente a un universo mayor, con grados crecientes de unidad entre las diferentes partes de un todo que lo contiene.

Si observamos nuestro pasado reciente podemos afirmar que la región ha vivido interesantes procesos de integración desde el mismo tiempo de las luchas independentistas (“la patria es América”, dijo Bolívar. “La

América toda existe en nación”, manifestó Francisco de Miranda), es decir, nacimos integrados política, física y socialmente. Para Miranda independencia e integración eran parte del mismo proceso formado en el derecho a ser libres de una “dominación opresiva y tiránica” y nuestra identidad está construida —además de compartir “una comunidad de lengua, de religión y de costumbres”— por el hecho de haber sido “secularmente injuriados del mismo modo”.

Desde su proclama de los pueblos del continente colombiano (alias Hispanoamérica) en 1801, Francisco de Miranda nos soñó unidos y con la necesidad de afirmarnos desde nuestra diferencia frente a lo que en ese momento existía como sociedad global, en una sola unidad política reconocida en la diversidad cultural. Fue tan coherente y visionario Miranda en su propuesta integracionista que, según la profesora Carmen Bohórquez en algunos círculos académicos europeos es reconocido como precursor de la unión europea.

Es evidente que la construcción de la independencia se vinculó, ya desde esas épocas, a la necesidad de la integración. Sin embargo, la historia fue corta y los grupos de poder del momento (llámense castas, caudillos, élites, terratenientes u oligarcas) se mostraron inferiores a su responsabilidad y una vez traicionados y desaparecidos los líderes del proceso liberador del imperio español terminaron apropiándose del poder, de los territorios, de las riquezas, despojando de toda esperanza a quienes habían esperado por su redención una vez que habían cumplido con su compromiso de hacernos libres en los campos de batalla.

Desde entonces, el camino ha sido largo y tortuoso. Podemos hablar de doscientos años de espera, con algunos logros y avances formales, pero aún con una gran demanda por cumplir en el tema integracionista.

Ello supone, para el caso de la América de hoy, superar los límites de nuestros países y visualizarnos en un contexto mayor de una manera multidimensional donde prevalezcan o no se soslaye ninguna de las dimensiones que le dan contenido a la vida del hombre en sociedad. Pretender que la integración sea solo lo referente a los acuerdos comerciales, a la movilidad académica, al reconocimiento de los vínculos políticos o lo atinente a la cooperación, es tener una visión simplista y muy restringida de un proceso que reclama en su complejidad acciones de

las cuales ningún proceso parcial puede dar cuenta y en donde todos ellos convergen.

Elementos del proceso

Sin embargo reclamamos, en apego al tratado que da origen al convenio Andrés Bello, el propósito, entre otros, que este organismo asume para la construcción del proceso de integración entre los países miembros, cuando plantea entre sus primeras propuestas la de estimular el conocimiento recíproco y la fraternidad entre los países, elementos que rescatamos como fúndanles del espíritu integracionista que dio origen y sentido a la organización. Eso, sin duda, se inscribe en una profundización del conocimiento de nuestra historia, dando cuenta de sus diferencias y semejanzas.

Y es ahí, precisamente, que reconocemos la integración no como un proceso de homologación y mucho menos de eliminación de las diferencias, sino como uno de complementariedad y valoración del otro, situado éste en un espacio y tiempo determinados, atendiendo a nuestro pasado y a nuestra realidad actual, donde el territorio y/o la región no es un mero soporte de medios físicos o naturales, sino que también entraña determinadas relaciones sociales y culturales de las cuales hay que dar cuenta.

El conocimiento y la enseñanza de nuestra historia de manera compartida nos permitirá la comprensión de América latina en términos de “bloque geocultural”, afianzando nuestra identidad como conjunto histórico cultural —tal como lo expresa el profesor Medofilo Medina del grupo de historiadores del convenio Andrés bello— donde partiendo de las realidades básicas compartidas visibilicemos, en alianza permanente de factores socio-culturales, la identidad latinoamericana.

Tal acción, la construcción del correlato histórico, cultural geográfico y social de nuestro continente, nos permitirá superar las precarias lecturas que de realidad latinoamericana se hace en todos los niveles en las aulas de clase del continente. Está demostrado —y no es materia para abordarla aquí pero ciertamente preocupante— que existe un desconocimiento muy notorio en las aulas y en la calle sobre lo que nos hace particulares y, por ende, distintos como región frente al resto del mundo.

Esta situación se constituye en un obstáculo para la integración en tanto el tema queda ausente del debate público. En consecuencia, no existe valoración social de su importancia y se actúa con desconocimiento del otro cercano, haciendo énfasis en los imaginarios que la industria audiovisual y la conducta de élites refuerzan a partir de realidades ajenas a nuestros entornos.

Lo anterior, además se complementa con las poderosas maquinarias ideologizantes que representan hoy día los medios de comunicación masiva (prensa, radio, televisión abierta y por cable, etc.), que a la par con la revolución tecnológica impactan a la sociedad en todos sus aspectos. En consecuencia, lo público queda a disposición de los intereses de quienes controlan los medios, generándose fuertes tendencias que se manifiestan en procesos globalizantes que dan espacio y contenidos a proyectos culturales desde el (o los) centro(s) hegemónico(s) del planeta.

Esta situación, sin duda, se constituye en la amenaza más real que pueda existir hacia nuestra identidad cultural ya que no solamente posibilita su pérdida (o lo que hemos logrado avanzar en su consolidación), sino que marcha en contravía con la necesidad planteada de reconocernos y valorarnos dentro de la diversidad que representamos en el todo de nuestra región.

Por lo anterior nos atrevemos a plantear la posibilidad de insertar el movimiento popular latinoamericano en una nueva lectura de los códigos audiovisuales, que nos permita introducir proyectos de carácter nacional en materia de comunicación que abarquen la mirada tanto local interna, como la latinoamericana o que desde esos espacios (ya desde lo latinoamericano, ya desde lo local), dé cuenta de lo nacional revalorizando nuestra diversidad y a su vez afirmando transversalmente nuestra identidad regional en la dimensión territorial.

Sin embargo y como contrapartida real frente a esa inobjetable carencia, redescubrimos una América latina fortalecida en su relacionamiento social, con redes articuladas mas allá de los intereses de los gobiernos, hechas evidentes a través de una serie de flujos y de circulación de productos culturales de los cuales faltan por dar cuenta de manera sistemática e íntegra y que se hacen fácticas fundamentalmente en nuestras fronteras cuando ellas dejan de inscribirse en la pura lógica

de la seguridad nacional de cada uno de los países, y se constituyen de manera natural en espacios de buena vecindad por obra de las relaciones entre los pueblos que habitan en ellas; para un mejor estudio pueden verse los resultados de mas de 10 años de investigación adelantadas por el llamado grupo académico binacional integrados por investigadores de la Universidad central de Venezuela y la Universidad Nacional de Colombia.

En el ámbito internacional existe un movimiento llamado *coaliciones por la diversidad cultural* (ver www.cdc-cdc.org) que promueve desde las organizaciones sociales de cada país donde actúa, la lucha por la defensa de la diversidad cultural, lo que ha hecho posible que hoy se cuente con un poderoso instrumento que a nuestro juicio constituye la mejor arma de la que pueblos y gobiernos pueden disponer para asumir la defensa de la diversidad cultural como característica esencial de la humanidad, porque se reconoce esta como patrimonio universal y se valora y se protege a través de la convención sobre la protección y promoción de la diversidad de las expresiones culturales aprobada por la Unesco el 20 de octubre de 2005.

Sin embargo, a la fecha solo cuatro países: Burkina faso, Mauricio, México y Canadá —este último en primer lugar— han suscrito la convención en referencia. Vale la pena señalar que tal instrumento, aprobado por una mayoría absoluta de 148 países a favor y solo 2 en contra, requiere para que entre en vigor, de acuerdo con la normativa que rige en estos casos, que un mínimo de 30 países lo ratifiquen a través del voto favorable de sus parlamentos. No creo necesario decir la importancia y el exhorto que debemos hacer a los países por lograr la pronta vigencia de tal instrumento.

Lo económico como falacia

Hay un elemento en el debate político de la región que está matizado por una falacia ideológica que a punta de ser asumida por las elites académicas nos convocan desde los centros de poder de los países a integrarnos para conformar áreas de libre comercio, semejando democracia con mercados abiertos para los bienes y capitales (olvidando de entrada a las personas) y dándole validez universal a los valores políticos de los centros hegemónicos.

Esta situación hace que, por ejemplo, Estados Unidos en el concierto mundial de naciones actúe, según Madeleine Albright, de manera “multilateral, cuando podamos, y unilateral cuando tengamos que hacerlo”, proyectando así los intereses nacionales del imperio a todo el globo terráqueo. Por ello, el profesor Chomsky nos recuerda, apelando a los aportes a la literatura económica que hace el profesor Paul Bairoch, cómo el proteccionismo moderno nació en Estados Unidos, por lo que después de más de 150 años de férreo proteccionismo a textiles, maquinaria, acero, manufacturas, metalurgia, aeronáutica, farmacia, agricultura e inclusive computadoras y electrónica, hoy nos convocan a integrarnos desde el libre mercado y, allí, acuden nuestros flamantes ideólogos (tecnócratas o políticos) en nombre de la eficiencia económica a entregar nuestros mercados como requisito previo a la integración, todo alimentado por una tendencia de homogenización expansiva del imperio que adquiere sentido de práctica política y es formulada y apuntalada desde mediados de los 80 por el llamado “consenso de Washington”; y es desde allí que nuestras élites van a nutrir su pensamiento y a alimentar su acción.

Los resultados son evidentes. Entre otros: disminución de la capacidad regulatoria de los estados, y en consecuencia, la quiebra de los estados nacionales; transferencia al gran capital transnacional privado de las empresas estatales y de servicios públicos básicos, mediante políticas de “privatización” (las telecomunicaciones, agua, electricidad, empresas estatales de correo, puertos, aeropuertos y en general las empresas públicas, que perdieron su *status* para convertirse en empresas privadas); pérdida creciente de centralidad en la valorización del trabajo como fuente de riqueza (desregulación del mercado laboral, disminución de la masa global del trabajo abstracto, concebir el salario como costo y desprotección social del trabajador); predominio ideológico del viejo liberalismo burgués que hoy confronta los derechos de los trabajadores amparado en las propuestas de la filosofía idealista, metafísica y positivista que se expresa en la post-modernidad.

Estos resultados, así como una agenda asumida por aquellos que desde la posición de elite han detentado históricamente la posibilidad de dirigir, hacen que el reconocimiento de nuestra identidad, la valoración de nuestras raíces ancestrales, el aceptarnos como iguales en la diversidad

de nuestra región (la patria es América) no quepa en las prioridades de quienes cuyo norte máspreciado social y culturalmente es el norte geográfico del continente. Son ellos quienes promueven con sus políticas la exclusión social y se hacen oídos sordos ante la más grande inequidad que existe en el planeta tierra (según el Banco Mundial mientras el 10% más rico de a.l se queda con el 48% del ingreso total —léase casi la mitad del ingreso de la región— el 10% más pobre percibe solo el 1,6 %. En las naciones industrializadas la diferencia para los mismos estratos es de 29,1 vs 2,5%).

Frente a escenarios de cambio en lo político-nacional que hagan viable la posibilidad de encarar la deuda social que arrastran nuestros pueblos, se hace evidente el uso de viejos esquemas (la defensa ante amenazas comunistas) con resabios culturales clasistas (discriminación y racismo) y una incapacidad manifiesta para entender los cambios exigidos.

Por ello la tasa de mortalidad infantil (35.7%), los niveles de analfabetismo (11,1%), los niveles de consumo alimentario, el acceso a la educación en los distintos niveles y modalidades así como la garantía a la salud, siguen siendo indicadores que muestran una realidad que obliga a decir hoy con Fernando Mieres en el informe ocei-PNUD de 1998, que “si las ideologías hay que medirlas por sus resultados, el gran fraude de nuestro tiempo ha sido el que han ofrecido las llamadas ideologías del desarrollo”. Por ello mantenemos la característica que observaba Miranda cuando construía los anhelos de libertad ante el oprobioso régimen colonial español de haber sido y hoy de seguir siendo “injuriados del mismo modo”.

De hecho esta realidad está respaldada por procesos en los que se destaca la manera en que nos insertamos, como región, en el circuito económico internacional. Por ejemplo, el flujo del comercio intraregional es inferior al 15% mientras que, de la región toda con USA, es superior al 45%, todo alentado por esquemas de producción, distribución y consumo que privilegian la relación con el centro hegemónico.

De allí que la integración regional sea un requerimiento de pueblos, no de élites que devienen en castas para preservar privilegios que les brinda un sistema social-económico y político moralmente decadente incapaz de solventar los problemas de las mayorías que lo contiene.

En este orden apelamos al pensamiento del maestro colombiano Antonio

García Nossa quién nunca dudó que la solución de los problemas de América latina está dentro de América latina y no en el negado flujo de dólares que pudieran llegar de afuera contabilizados desde esquemas teóricos ajenos a nuestros intereses. Ya nos advierte en tiempos modernos el Nóbel Joseph Stiglitz cuando denuncia el “copiar y pegar” que usan los organismos internacionales para evaluar nuestras economías, evaluaciones a las que se someten dócilmente, afortunadamente cada vez menos, los organismos de planificación y ministerios de hacienda de los gobiernos de nuestra América, con el elevado costo social que ello representa.

Y es aquí entonces cuando se hace evidente que las decisiones políticas, sociales o económicas en nuestros países pasan por la necesidad de crear un pensamiento propio asentado en nuestra visión de la realidad que nos rodea y nos da especificidad, para volver entonces a darnos especificidad desde nuestra propias condiciones socio-culturales e históricas para desentrañar las causas del atraso en los mecanismos de las relaciones de intercambio entre las economías atrasadas y los grandes centros de dominación mundial.

Es necesario reconocer y enfatizar las responsabilidades de la clase dominante latinoamericana en cuanto a su incapacidad para transformar los “centros de decisiones” de los países y el condicionamiento impuesto al estado nacional en estas relaciones con los “centros de poder”, condicionamientos que impiden adecuarse a los objetivos estratégicos del desarrollo, por lo que el atraso no es sino una condición resultante de la articulación entre las clases dominantes internas y externas, afianzadas éstas no solo en el poder económico-financiero, sino también en el aparato político-militar, cuando ello ha sido necesario.

Hoy podemos agregar a este poder dual, como lo llamó el profesor García, a las élites académicas de nuestra región, tributarias de los centros del pensamiento de los países dominantes e impedidas para conocer, comprender y transformar nuestra realidad a partir de una teorización propia, reforzado todo ello por el carácter ideológico que desde las ciencias sociales, (en palabras de García): “mistifica la estructura de las relaciones internacionales fundamentada en la dependencia y encubre la estructura de la dominación social sustentada en el funcionamiento institucionalizado de un sistema de clases antagónicas”.

Quiero terminar remarcando un planteamiento del maestro García por su vigencia, por ser un tema actual para nuestra América y de vital importancia para el hacer misional del convenio Andrés Bello: es sobre la integración de América latina. Al respecto, el maestro señalaba que “ninguna forma de integración internacional (entre los países) —ni siquiera la de mayor trascendencia histórica, como la latinoamericana— puede ser un sustituto de la integración nacional”. Aún cuando la concebía como “procesos simultáneos y complementarios”, analizada desde sus inicios, la integración al mercado mundial mantuvo el sistema de exclusión social que se creó en la colonia donde “no se admitían los pueblos negros, mestizos e indios” y se justificó de distintas maneras hasta llegar a ser encarnada la exclusión social, por la carencia de sustancia popular del “estado representativo”. Por ello, veía la integración latinoamericana como una vía revolucionaria, “no una simple operación tecnocrática de ampliación de mercados por regateo convencional y, por lo tanto, no puede ser transitada por los grupos sociales que encarna el sistema tradicional de poder...”. Ello supone como prerequisite, en palabras de Antonio García que “América latina se convierta en el problema más trascendente y esencial de América latina”.

A manera de conclusión

La integración de América latina pasa, como condición *sine quanon* por el reconocimiento y valoración del otro en la diversidad que nos une y que, al mismo tiempo, nos diferencia.

No es posible la integración económica —si ese fuera el fin único de la misma— si no se crea conciencia en todos los ámbitos de la sociedad de la pluriculturalidad y pluriétnicidad de que es característica de la gran patria americana, lo cual solo puede ser impulsado a través de la educación y la revalorización de nuestra historia.

Afirmarnos desde nuestra diferencia, tal como lo planteó visionariamente Miranda hace más de dos siglos, es una de las posibilidades, quizás la más importante, de hacer frente como bloque a la creciente “des-individualización” a la que nos exponen la también creciente globalización.

El papel de los organismos de integración —(léase convenio Andrés

Bello; ocei, etc.) Es posibilitar y liderar procesos que incidan efectivamente en la toma de decisiones políticas de nuestros estados respecto a la integración.

Omar J. Muñoz Ramírez

Economista Egresado de La Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela. Especialista en Desarrollo Local, de la misma Universidad. Magíster en Gestión Local de la Universidad Carlos III de Madrid. Ex Secretario Adjunto de la Organización Internacional Convenio Andrés Bello. Bogotá. Ex Director Ejecutivo del Instituto Zuliano de Estudios Políticos, Económicos y Sociales, Edo, Zulia Venezuela.

Recibido en: 09/10/2006

Aprobado en: 7/11/2006